

Historias de dos abuelos y Jaime Sabines

Elva Macías

A diez años de su muerte, la presencia de Jaime Sabines sigue intacta. Su poesía crea generaciones de nuevos lectores. En estos textos de Elva Macías y Eduardo Antonio Parra el poeta reaparece con la sencillez de su sabiduría.

El poeta José Emilio Grajales (1872-1915), autor del *Himno a Chiapas* y *Flores silvestres*, mártir de la Revolución, estudiaba medicina en la Ciudad de México cuando el movimiento armado interrumpió sus estudios. En unas vacaciones el joven José Emilio permaneció en Chiapas en donde escribía, publicaba sus poemas en periódicos y curaba cuando le era posible. Se casó y enviudó varias veces, en aquellos tiempos muchas mujeres morían de parto o sus complicaciones. Tuvo varios hijos, la penúltima fue mi madre, Carmen Grajales Sol, el primero fue Francisco José quien nació en 1889. Ya establecido en su finca, el poeta José Emilio curó a unos combatientes heridos, “mapaches”, del movimiento de los finqueros conservadores del Valle de La Fraylesca. Eso encendió la furia de Santana Hueso —apodado así por su delgadez extrema— un cruel carrancista que era su compadre. No obstante el parentesco espiritual, llegó a la finca del poeta —llamada premonitoriamente La sombra—, detuvo al poeta, le arrancó las plantas de los pies, lo hizo caminar en sal y lo colgó. Hasta allá llegó mi abuela, doña Agustina Sol, joven madre de dos pequeños hijos. Le habían dicho:

—Vaya a recoger a su marido, está colgado allá en La sombra.

El pequeño Francisco José tenía trece años y estaba trabajando en el campo cuando pasó el coronel Tiburcio Fernández Ruiz y le dijo:

—Ven a vengar la muerte de tu padre.

De esta manera, siendo un niño se incorporó a las filas revolucionarias. Cuando el movimiento armado concluyó, aún era muy joven e ingresó al Colegio Militar. Así empezó una brillante carrera castrense. Se graduó de ingeniero constructor militar. Fue director del Colegio Militar y de la Escuela Superior de Guerra, tuvo reconocimientos nacionales e internacionales y fue un gobernador ejemplar (1949-1952) que propició, entre otras cosas, el desarrollo cultural de Chiapas; en su gestión se fundó el Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas; el Ballet Bonampak dirigido por Ana Mérida con vestuario de Carlos Mérida y música de Luis Sandi; se fundaron la Escuela de Artes Plásticas y una serie de museos de ciencias y se instituyó el Premio Chiapas. Antes de ser gobernador había sido agregado militar de la Embajada de México en la Alemania hitleriana, entonces el agrega-

do comercial era el padre del escritor Salvador Elizondo. Tocó a estos diplomáticos romper relaciones con la Alemania nazi en julio de 1939.

Salvador Elizondo, en su *Biografía precoz*, editada y prologada por Emmanuel Carballo en 1966, recuerda así su convivencia con una institutriz alemana, entre los cinco y siete años:

Cuando salíamos a los alrededores de la ciudad y caminábamos entre los campos de girasoles, ella me hablaba, no con menos convicción por tener que traducir ésta a un lenguaje infantil, de la grandeza del *Führer*, del destino excelso del pueblo alemán. Llegábamos entonces a un paraje en que la espesura de los girasoles nos resguardaba de las miradas de los caminantes y en que sólo quedábamos expuestos a esa otra mirada calcinante y enceguecedora del sol ante la que nos desnudábamos y mientras ella continuaba hablando de las mismas cosas yo miraba su cuerpo, analizando detenidamente esa blancura perfecta, las longitudes armoniosas de esa carne que se estremecía rimando lentamente sus movimientos con el vaivén acompañado de las enormes corolas movidas por la brisa. A veces, con el pretexto de jugar con su gruesa trenza rubia, tocaba furtivamente con las puntas de mis dedos la piel de sus hombros, de su cuello, de su cintura sin comprender que, a ciegas, mis manos entraban en contacto con un misterio supremo, indescifrable en su apariencia de claridad. *Schwester Anne Marie* se tendía sobre la hierba, abierta como la flor al sol ardiente y lejano y, mirando pasar las nubes, sus labios acariciaban bordes de la armónica produciendo canciones sin sentido. Sabíamos que era la hora de volver a casa por el ruido de los motores de los camiones militares que pasaban por la carretera. Entonces nos vestíamos apresuradamente y nos dirigíamos a tomar el autobús. Desde la ventanilla veíamos asomar, a intervalos precisos, los falos renegridos de los cañones antiaéreos que, conforme transcurría el verano, iban poblando, cada vez con mayor densidad, los campos que bordeaban el camino.

Leí este libro cuando era becario del Centro Mexicano de Escritores, lo comenté con Elizondo quien era entonces uno de los coordinadores. Él recordaba muy bien al general y a su familia: al hijo de ellos, Manolo, la belleza de la tía Linda y el traje de chiapaneca que lució en una recepción oficial. Así que Hitler conoció ese multicolorido traje regional.

Por su parte, el general contaba, conmovido, que recién zarpado el barco en que volvían a México, aún en aguas territoriales alemanas, fue obligado a volver y bajaron a los ciudadanos judíos que iban en tercera clase tratando de huir de la implacable persecución.

Pocos años antes de su muerte, el general me llamó y me entregó las libretas con los originales de mi abue-

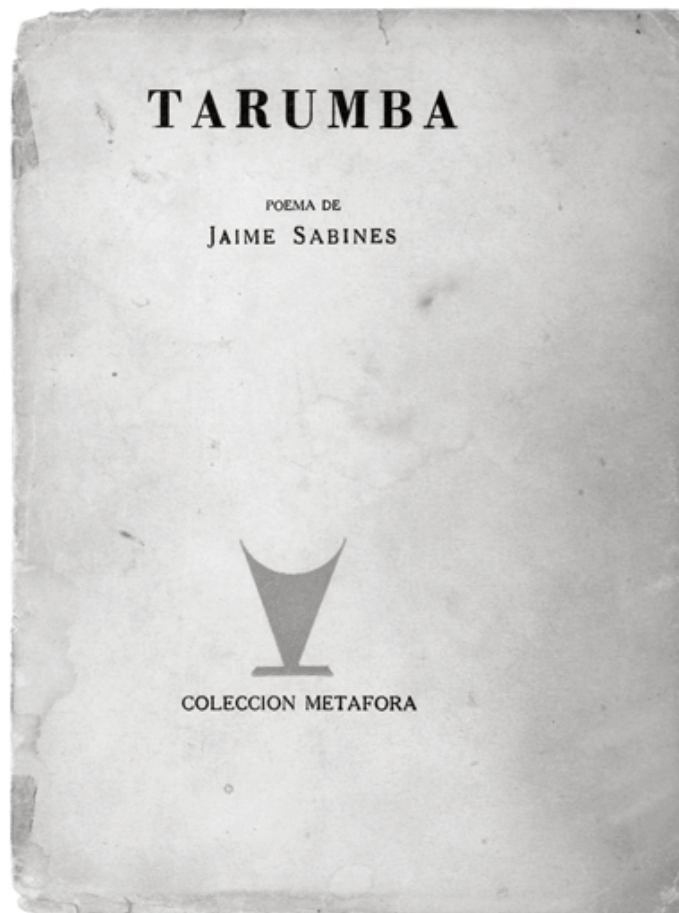
lo, con las que pude propiciar la publicación de su obra reunida. En casa había encontrado dos de ellas en el ropero de mi mamá y me las apropié desde muy temprano. La tarde en que el tío me entregó siete libretas marmoleadas y encuadradas en la Fábrica de libros en blanco me dijo:

—*En las noches papá escribía sus poemas y sus ensayos, y a veces iba a cazar conejos.*

El amor y veneración que el general Grajales sentía por su padre, desembocó en el respeto a los hombres de letras y a la cultura. Durante su mandato se editaron muchos libros valiosos, de economía, de ciencias, de artes plásticas y de literatura, entre ellos *Horas*, el primer libro de Jaime Sabines. Además le brindó una beca para que continuara sus estudios en la Ciudad de México, esta vez en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en Mascarones. El poeta, en reciprocidad, le dedicó *Tarumba*, el poema que muchos críticos consideran su mayor aportación literaria. La dedicatoria reza:

Al general Francisco J. Grajales, D.D.O.

Le pregunté al poeta el significado de estas iniciales y me respondió:



Primera edición, 1956



General Francisco J. Grajales

—*Es una dedicatoria antigua que significa: Dono, dedico, otorgo. Yo estimaba mucho al general.*

José Emilio Grajales, poeta sencillo como su obra, bello como lo muestran sus fotografías, bondadoso como lo recordaban mi abuela y los tíos mayores, tuvo amistad con don Manuel Eraclio Zepeda, también hombre de armas y letras, a pesar de que era mayor en edad que su amigo. Abuelo del narrador Eraclio Zepeda, vivía en su finca La Zacualpa, al norte del estado, y poco tiempo después del martirio del poeta, el sanguinario Santana Hueso llegó allá en busca de descanso que su dueño, anciano ya, le negó con riesgo de su vida, además de reprocharle el nefasto crimen que había cometido.

Treinta años antes, don Manuel Eraclio, junto con otros combatientes chiapanecos, había participado en la defensa de la patria contra la invasión francesa, en el segundo sitio de Puebla. Y ya coronel de las armas de la República, soltero aún y de no malos bigotes, recorría el camino a su finca, incrustada precisamente en las serranías que Jaime Sabines describe en su poema “Las Montañas”. Acostumbraba cabalgar don Manuel Eraclio mordisqueando un puro apagado para entretener las ansias de fumador. Eraclio Zepeda recoge esta historia familiar en su novela *Tocar el fuego*. En la novela, su abuelo Manuel Eraclio está representado por el personaje protagónico Ezequiel Urbina:

Desde que aprendió a fumar en Puebla, Ezequiel llevaba largos ratos un tabaco apagado en la boca para controlar el vicio. Amanda la bella lo veía pasar a caballo al fondo de la cañada. El camino rodeaba el cerro en que se levantaba la casa grande de la finca La punta. El joven coronel

no la había buscado a pesar de que la atracción entre ellos había sido evidente en la fiesta organizada por Juana.

Tomasito, niño de la finca muy querido de Amanda, estaba esperando una mañana el paso de Ezequiel. Cuando apareció le hizo una señal para que se detuviera.

—Que dice doña Amanda que cuando guste puede subir a encender su puro en la finca.

Ezequiel subió y los jóvenes se amaron con un fuego cauteloso.

Esos sinuosos ascensos no fueron tan cautelosos y dieron fruto, aunque no hubo matrimonio. Nació don Friacro López quien legó a su descendencia el apellido materno aunque siempre reconoció el estrecho parentesco con los Zepeda. Pasaron tres generaciones y cien años, para que don Orencio López heredara esa propiedad y, como es la costumbre, le impusiera otro nombre. En esa misma finca ahora llamada El Carmen, recibió a su amigo Jaime Sabines como huésped. Gracias a esa visita el poeta escribió el único poema en que explícitamente se refiere al paisaje.

JAIME SABINES Y EL PAISAJE

Los más modestos peluqueros de la antigua Ciudad de México se instalaban en los camellones de la calzada Zaragoza para ejercer su oficio al aire libre. Sus clientes podían escoger ser atendidos “con paisaje” o “sin paisaje”. Quien elegía el servicio “sin paisaje” pagaba menos, pero su silla miraba hacia una tapia; quien elegía un corte de pelo “con paisaje” era peluqueado mirando hacia los potreros y baldíos que rodeaban la carretera a Puebla. Ambos recibían los beneficios estéticos de la peluqueada, unos mirando hacia sí mismos, otros mirando hacia lo demás. Así también hay poetas con paisaje y sin paisaje.

La poesía de Carlos Pellicer no se puede separar del paisaje. De la contemplación del mar de Campeche nacieron sus primeros sonetos en la adolescencia y de los grandes ríos y de la vegetación de Tabasco se alimentó su voz. Jaime Sabines, en cambio, es un poeta sin paisaje. Su obra recorre un complejo universo, el del corazón humano. Pocos de sus poemas están relacionados con la naturaleza y cuando la menciona, casi siempre la contrapone con la vida urbana. Cuando Jaime Sabines recurre a la naturaleza, sus imágenes están ligadas a tres de sus temas fundamentales: Dios, el amor y la muerte. En el poema “La tía Chofi” dice:

Vas a ser olvidada de todos
como los lirios del campo,
como las estrellas solitarias;
pero en las mañanas, en la respiración del buey,
en el temblor de las plantas,

en la mansedumbre de los arroyos,
en la nostalgia de las ciudades,
serás como la niebla intocable,
hálito de Dios que despierta.

Aquí, como en otros poemas dedicados a sus muertos amados, el alegato que vence a la muerte es la naturaleza. Así apunta el primer canto de su poema “Doña Luz”:

Acabo de desenterrar a mi madre, muerta hace tiempo.
Y lo que desenterré fue una caja de rosas: frescas, fragantes,
como si hubiesen estado en un invernadero.
¡Qué raro es todo esto!

La naturaleza es vida, placer, sensualidad, idea del paraíso. En “Adán y Eva” los animales y las plantas son, ante todo, símbolos. Cuando nombra un animal o un fruto, no importa su especie ni su forma:

...Cuando estés madura te vas a desprender de ti misma, y
lo que seas de fruta se alegrará, y lo que seas de rama quedará temblando...

El mismo peso genérico lo tienen paisaje y naturaleza en sus últimos poemas, en los eróticos como “Adoro tu cuerpo” o en los relacionados con la idea del ser superior como en el poema “Me encanta Dios”. Esa idea de Dios, pero trastocando un lugar común, como sólo Sabines sabe hacerlo, está presente su poema:

LAS MONTAÑAS

En la finca de Orencio López, llamada El Carmen,
[municipio
de Ixhuatán, Chiapas, conocí las montañas.
Las montañas existen. Son una masa de árboles y
[de agua,

de una luz que se toca con los dedos,
y de algo más que todavía no existe.

Penetradas del aire más solemne,
nada como ellas para ser la tierra,
siglos de amor ensimismado, absorbo
en la creación y muerte de sus hojas.

A punto de caer sobre los hombres,
milagro de equilibrio, permanecen
en su mismo lugar, caen hacia arriba,
dentro de sí, se abrazan, el cielo las sostiene,
les llega el día, la noche, los rumores,
pasan nubes, y ríos, y tormentas,
guardan sombras que crecen escondidas

entre bambúes líricos, dan el pecho
a limones increíbles, pastorean arbustos y zacates,
duermen de pie sobre su propio sueño
de madera, de leche, de humedades.

Aquí Dios se detuvo, se detiene,
se abstiene de sí mismo, se complace.

El nombre de Orencio López quedará como un testimonio de amistad para siempre en la poesía. Este hermoso canto es el único donde el poeta se refiere a un paisaje específico, el del norte del estado de Chiapas. Canta a sus poderosas montañas, testigos de historias, amores y afanes que permanecerán vivos por siglos, como la poesía de Jaime Sabines.



Jaime Sabines en la Ciudad de México en la época de su ingreso a la UNAM